



LA MONEDITA DE PLATA

Por vida de...! ¡Vaya una cabeza de chorlito!—exclamó el joven pintor Casablanca al entrar en el portal.

—¿Qué le pasa á usted, D. Julio?—le preguntó la señora Gertrudis, la portera.

—Nada, que tenía que dar un recado á mi compañero Marsal y he pasado por la puerta de su estudio sin acordarme.

—Si quiere usted mandarle el recado, mi Manolita puede llegarse en un momento.

—¿La Manolita va á recados?

—¡Anda, ya lo creo!

—¿Tan chiquitina?

—¡Va á hacer los nueve años para Nochebuena, D. Julio!

—Pues por eso digo que es chiquitina para andar sola por las calles.

—¡Ay, D. Julio, los pobres no podemos andarnos con esos requilorios! A mí me hace ya la mar de recados; va á la tienda, y si la viera usted, parece una vieja. ¡Conque la digo que suba al estudio!

—Que suba, si á usted le parece que puede.

—Verá usted qué lista va y vuelve.

Subió Casablanca á su estudio y se puso á escribir a

su amigo Marsal, y á muy poco rato sonó el timbre.

Era Manolita, una criatura monísima, que con los cuatro trapitos que la señora Gertrudis la arreglaba de los desechos de los niños del principal, iba tan curiosa y tan guapa. Formalita como una vieja, como decía su madre, tenía una expresión de inteligencia en aquella carita pálida que daba gusto verla; pero á la menor cosa se ponía aquella pálida carita encendida como la grana, porque era muy corta de genio.

—Vamos á ver, mi señora doña Manuela, cómo hace usted este encargo que la voy á confiar—dijo el pintor á la niña en tono de chanza.

Manolita sonrió y se puso colorada.

—Vas á ir á la calle del Carmen, núm. 67. ¿Tú conoces los números?

—Sí, señor.

—¡Bravo! Pues subes al último piso, y verás una puerta donde hay una paleta como ésta...

—Sí, señor.

—Es el estudio del Sr. Marsal. Si está él, le entregas esta esquila y te esperas á que la lea, porque te tiene que dar la contestación...

—Está muy bien. Voy en seguida.

—Espera, mujer. Toma, por el mandado.



Gente Menuda

—No, señor, deje usted...

—¿Cómo se entiende? Toma, que te mando yo tomarlo.

Puso Julio en la manita de la niña una moneda de media peseta nuevecita.

Salió Manolita encantada con su reluciente moneda. ¡Vaya un señor amable y generoso! ¡Media peseta! ¡Nada de perro chico ni gordol! ¡Una moneda de plata... y bien reluciente y para ella sola!

¿Qué se compraría con tanto dinero?

¡Si por ese precio le dieran una cocinita que había ella visto en un escaparate, con sus cacerolas, sus ollas, su espumadera, sus tenazas y qué sé yo cuantas cosas más! ¡Aquella otra muñeca que había visto también, que tenía camisas, y zapatos, y trajes, y sombreros en una caja para poder mudarla, aquella puede que costara más todavía!

De todas suertes, con media peseta se podrían comprar... á ver, cinco cosas de diez céntimos ó diez de cinco. ¡Qué atrocidad! ¡Diez...!

Dando vueltas á sus proyectos, más alegre que unas Pascuas, llegó Manolita al estudio de Marsal. Aquel estudio sí que era bonito, mucho más lujoso que el del señorito Julio. ¡Cuántas cosas bonitas!

Mientras Marsal leía la carta, la niña iba pasando revista á las cosas bonitas del estudio, cuando sus ojos se fijaron en una mujer que estaba sentada en una tarima.

Era muy guapa, y estaba muy pobremente vestida y tenía la mano extendida como pidiendo una limosna.

¡Qué lástima daba ver su cara triste! ¡Y qué parecida estaba en el lienzo en que el Sr. Marsal la estaba retratando! ¡Vaya un capricho retratar á una pobre de pedir limosna!

El corazón de la niña se conmovió profundamente ante aquella mujer tan guapa y tan desgraciada, y al recibir la contestación del Sr. Marsal para el señorito Julio, más colorada que nunca, se acercó á la mendiga, dejó caer en la falda la moneda y salió corriendo.

Ya en la calle, pasó indiferente por delante de los escaparates; todas las golosinas de la confitería, todos los juguetes del bazar le debían tener sin cuidado. ¡Ya no tenía su monedita de plata! Pero la pobre tendría para pan.

Y esta idea consolaba la pena de su corazón generoso.

Al día siguiente, Julio dijo á la señora Gertrudis:

—Vista usted á la pequeña y déjemela que quieren conocerla en una casa.

—¿En dónde, D. Julio, si no es mala pregunta?

—En casa de una pobre á quien Manolita dió ayer de limosna los dos reales que yo la di de propina.

—¡Ave María!

Manolita fué con Julio á casa de la marquesa de Ontivia y se encontró con la que en traje y actitud de mendiga se hacía retratar por Marsal.

La marquesa estrechó en sus brazos y cubrió de besos á la niña caritativa, y la entregó una muñeca veinte veces más bonita y lujosa que la que tanto deseaba.

—Dile á tu madre—la dijo—que yo quiero costear tu educación y corresponder á la generosidad de la niña de la moneda de plata y del corazón de oro.

A. DE H.



LA MASCARADA DE LOS BICHOS

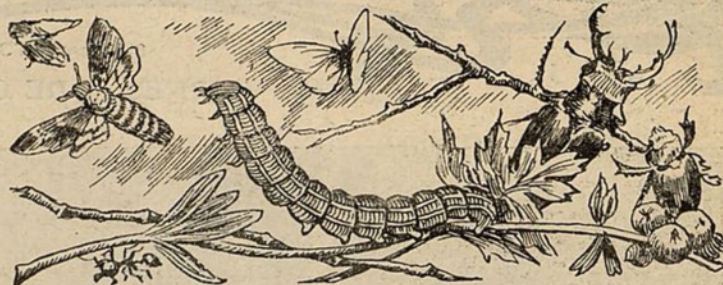
El Carnaval, esa fiesta eminentemente pagana, es, sin duda alguna, la fiesta más simpática á la juventud.

¡Bendita la juventud y bendito el Carnaval por lo que de juventud tiene!

Para mí ya pasó su época. Ya me resulta una fiesta incomprendible, anacrónica, estúpida. Ya estoy en la edad de los sinsabores, del disfraz y del engaño sociales continuos, en los que miro, por desgracia, á mis semejantes como máscaras á quienes conozco ya de antemano y cuyas bromas me resultan siempre pesadas. Gozo ya, por mis años, de la mascarada perpetua de la vida, y como en este Carnaval veo que el disfraz humano úsase constantemente para escalar un puesto, para atender á perentorias necesidades, para apoderarse del bien ajeno ó para defenderse del ataque del prójimo, permítidme que os hable á vosotros, á los que aún por suerte no

conocéis ese triste Carnaval mío, del Carnaval de los bichos, que es un Carnaval de verdadera enseñanza y que no debéis olvidar para lo porvenir.

El natural derecho á la vida es peculiar á todos los seres. Así veis muchos de los que vulgarmente llamáis gusanos



arrastrarse por el polvo, impregnarse bien de él y lograr de ese modo cambiar de aspecto. De lejos parecen una bolilla de basura, y disfrazados, su presencia pasa inadvertida á las moscas, que son su sustento predilecto.

El disfraz de estos bichillos es un disfraz de ataque, logrando con él su alimento.

Otros hay, por el contrario, que preocupándose sobre todas las cosas de su enemigo, ponen su anhelo en disfrazarse á fin de librarse de él, como ocurre con las larvas de ciertas mariposas que, como si comprendieran su ingénita debilidad, se fabrican, con toda clase de restos vegetales ó minerales, una especie de abrigo en forma de vaina cónica ó cilíndrica, espléndidamente tapizada de seda al interior, producida por ellos mismos y que les sirve de eficaz escondite contra la voracidad de sus enemigos los pájaros. Ningún daño hacen estos bichillos en su necesidad de mudar de aspecto.

No así los llamados científicamente erastrias, que atacan á las cochinillas; devorándolas, se introducen en la cubierta natural de la víctima, proveyéndose de este modo de medios de defensa contra sus enemigos.

¡Cuántos hombres hay parecidos al erastria!

Pero el insecto que más se parece al hombre en Carnaval, es decir, á que en determinada época cambia de traje sin mira utilitaria alguna, es la tan conocidísima polilla.

Ningún sastre puede competir con el tal bichillo en la confección de trajes á cual más vistosos, y lo que es mejor aún, á cual más baratos.

En nuestros propios vestidos crea su taller de tejedor, y valiéndose de ellos para su obra, allá van abrigos fantásticos para su diminuto cuerpo, que ora luce un color, ora otro, según sea el del tejido con que trabaja el animalillo.

Al lado de estos insectos que se disfrazan de un modo permanente, pueden figurar otros, que únicamente lo hacen en el momento del peligro, adoptando entonces una actitud especial, como les sucede á las orugas llamadas señoritas por su manera de andar. Basta dar un capirotazo á la hoja ó rama por donde vayan de paseo, para verlas ponerse rígidas como si fueran una ramita, y tomar en seguida el color de las hojas ó de la corteza del vegetal donde se encuentren.

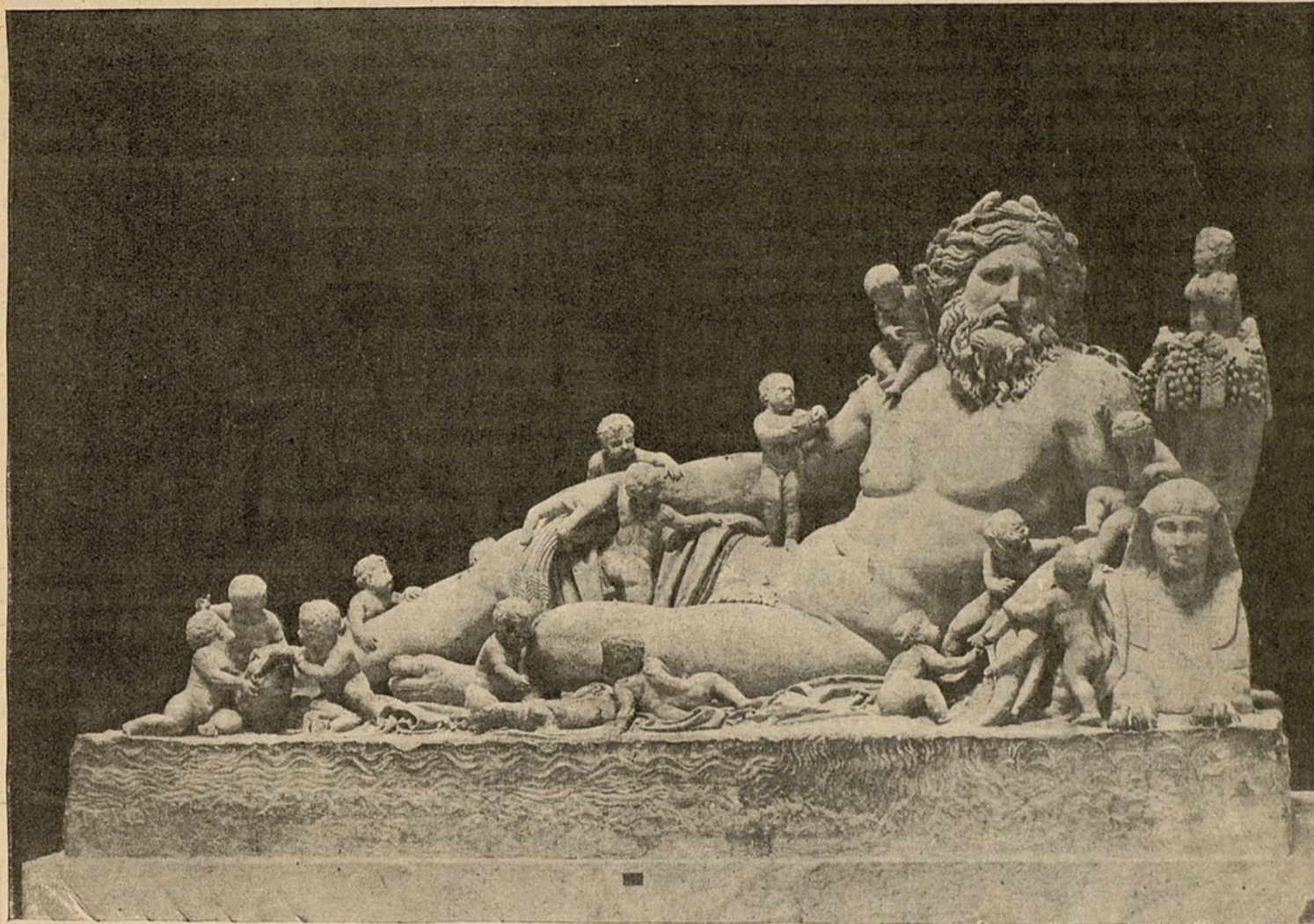
—Pero—diréis—¿son sólo esos minúsculos animales terrestres los que cambian su natural manera de ser?



No, amigos míos. También los que habitan otros elementos gustan del disfraz, como ocurre, por ejemplo, con esos grandes cangrejos, llamados arañas de mar. Espinosos y provistos de grandes patas, arrancan pedazos de algas ó de pólipos y los depositan sobre su caparazón. Toman nueva vida esos restos, y todo el cuerpo del cangrejo se recubre de una espléndida vegetación que le hace desconocido.

(Se continuará)





EL RIO NILO. ESCULTURA El río sagrado de los egipcios, el *padre Nilo*, cuyas periódicas inundaciones fertilizan la comarca, ha sido personificado por los artistas en medallas y escultura. La que nuestro grabado reproduce fué encontrada en Roma, cerca de la iglesia de la Minerva, en el sitio que ocuparon los templos de Isis y de Serapis. Representa al río en la figura de un anciano apoyado en una esfinge, y dieciséis niños le rodean, simbolizando los dieciséis codos que alcanzaron sus inundaciones.

EL TEATRO DE LOS NIÑOS

LA MAÑA Y LA FUERZA

COMEDIA EN DOS ACTOS

ESCRITA POR LA CONDESA DE SEGUR

(Continuación.)

ESCENA IV

SEÑORA DE VALLE, DOÑA SEVERA, DOÑA AMALIA, BEATRIZ y LUISA.

SRA. DE VALLE. Y bien, mi querida prima, ya vengo yo á des-
embarazaros de un trabajo que habéis querido
aceptar por espacio de seis semanas. ¿Se os ha
hecho pesado de llevar?

DOÑA SEVERA. Permitidme que para contestaros espere una
ocasión más favorable. Yo no trato nunca rien-
do cuestiones tan serias.

SRA. DE VALLE. Perdonad; pero vuestra frialdad y vuestra gra-
vedad me asustan. ¿Le han dado á usted mis
niñas algún motivo de disgusto?

DOÑA SEVERA. De disgusto no; pero sí de tristeza.

SRA. DE VALLE. ¿Cómo, hijas mías, no habéis sido buenas du-
rante mi ausencia?

BEATRIZ. Sí, mamá; hemos sido todo lo buenas que se
puede ser, pero con mi tía es imposible serlo
siempre, porque nos riñe por todo.

SRA. DE VALLE. Beatriz, ¿qué es esto? ¿Cómo te permites
hablar así de tu tía?

LUISA. Mamá, es que siempre nos estaba atormentando y fastidiando.

SRA. DE VALLE. Silencio, Luisa; pide perdón á doña Severa de
esas frases inconvenientes.

LUISA. No, mamá; yo no puedo...

SRA. DE VALLE. ¿Cómo que no puedes? ¿Qué modo es ese de con-
testar? ¡Nunca os he oído hablar de ese modo!
LUISA. Perdón, mamá; es que quiere la tía que para
pedirla perdón nos pongamos de rodillas de-
lante de ella, con la cabeza baja, las manos
juntas, y diciendo no sé qué relación, pues
siempre se me olvida.

SRA. DE VALLE. Luisa; esas son niñadas para excusarte. Obe-
déceme, y pide perdón á doña Severa.

LUISA. (Se acerca á DOÑA SEVERA, la abraza y la dice):
Perdóneme usted, tía, que no lo volveré á
hacer más.

DOÑA SEVERA. No se abraza á una persona á quien se ha ofen-
dido, señorita; se espera respetuosamente á
que ella tenga á bien perdonar, y entonces, en
vez de arrojarse á ella á abrazarla, como hace
una chiquilla mal educada, se la saluda profun-
damente y se la besa la mano que ella nos
tienda. (DOÑA SEVERA tiende su mano. LUISA, que
acaba de volverse hacia su madre, no ve este mo-
vimiento.)

LUISA. ¿Ve usted, mamá? Pues siempre es lo mismo.
¿Qué hemos de hacer nosotras?

SRA. DE VALLE. (Abrazándola.) Basta, hija mía; has pedido per-
dón, has obedecido; ahora vente conmigo y
me ayudarás á sacar los juguetes que os he
traído. Hasta luego, prima mía; adiós, mi que-
rida Amalia.



ESCENA V

DOÑA SEVERA Y DOÑA AMALIA

DOÑA SEVERA. (*Muy enfadada.*) ¡Esto es horrible! ¡Es humillante! ¡Intolerable! La madre necesita más educación que las hijas. ¿Ha visto usted lo satisfecha que se ha ido con las supuestas excusas de Luisa?

DOÑA AMALIA. Suplico á usted, señora, que dispense á la señora de Valle y se amolde más á las costumbres de ahora, pues la educación no es tan... tan perfecta como antes.

DOÑA SEVERA. ¡Oh, qué palabra tan escogida! ¡Perfecta!, está bien la frasecita. En mi tiempo, el respeto era la primera ciencia... ¡Porque es una ciencia!, ¡una verdadera, grande y hermosísima ciencia! Ahora, ¡ya se ve!, como en todo se progresa, quieren substituir el respeto con el cariño.

DOÑA AMALIA. Pero señora...

DOÑA SEVERA. No me interrumpa usted.

DOÑA AMALIA. Era para advertirla...

DOÑA SEVERA. Silencio; estoy en el uso de la palabra. ¡Buen progreso! ¡El cariño! Es ridículo, inconveniente, intempestivo, y hasta si se quiere impertinente, amar lo que se debe respetar y temer. Hoy día quieren que se ame hasta á Dios, y el temor de Dios es el principio de la sabiduría.

DOÑA AMALIA. Señora mía, se puede amar y respetar al mismo tiempo.

DOÑA SEVERA. (*Con solemnidad.*) ¡No, señora; de ninguna manera!, es muy distinto. Se teme á Dios y al soberano; se respeta á los padres, los superiores y los ancianos. Se ama á sus hijos, á sus iguales, á su perro y á su gato. (*Continuará.*)

CHIRIGOTAS

Influídos por el ejemplo de los mayores que se dedican á cultivo del chiste, Jacinto y sus amiguitos se han dedicado á este entretenimiento estas tardes de lluvia, en que han tenido que estarse en casa.

Como muestra de los juegos de palabras en que nuestros pequeños chirigoteros ejercitaron su ingenio, publicamos algunos de ellos.

—¿Cuál es el sol más barato?

—El *sol-dado*.

—¿Y el agua de menos valor?

—El *agua-cero*.

—¿Y el mar más escritor?

—El *mar-sellés*.

—¿Cuál es el pan que está más lejos?

—El *pan-americano*.

—¿Y el que está más bajo?

—El *pan-talón*.

—¿Cuál es la sal de más alimento?

—La *sal-chicha*.

Ya terminaban Jacinto y sus compañeros su tiroteo de bromas, cuando Joaquinito, el hermano más chiquitín del primero, que no había podido meter baza, echó por fin su cuarto á espaldas, y dijo:

—¿Cuál es el dulce más terrible para un niño?

Y antes que nadie pudiera responderle se apresuró á contestar:

—Las yemas de coco.

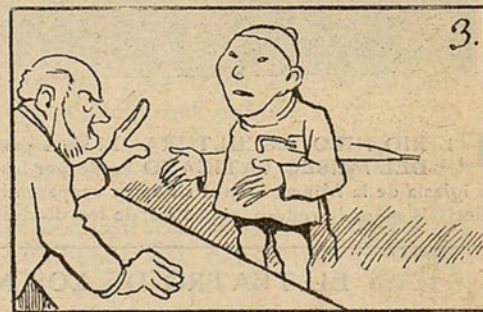
AVENTURAS DE FU-SANG



1. El pobre Fu-Sang, súbdito del Celeste Imperio, vagaba errante y hambriento por las calles.



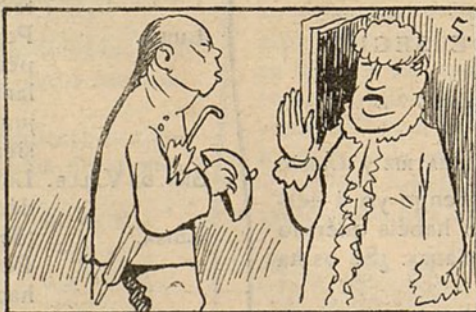
2. Buscando una colocación, se presentó á un capitán de un buque; pero sin resultado.



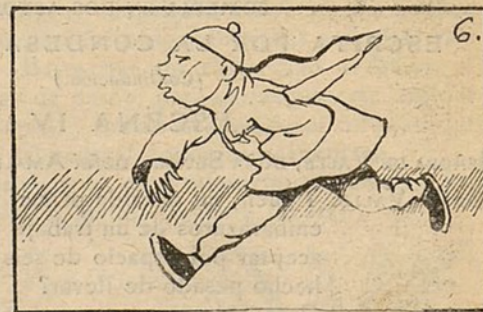
3. No tuvo mejor fortuna con un comerciante, á quien fué también á ofrecerse.



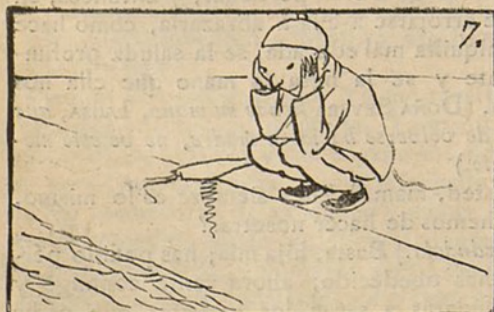
4. Tampoco le admitieron en ninguna obra cuando pretendió ser peón de albañil.



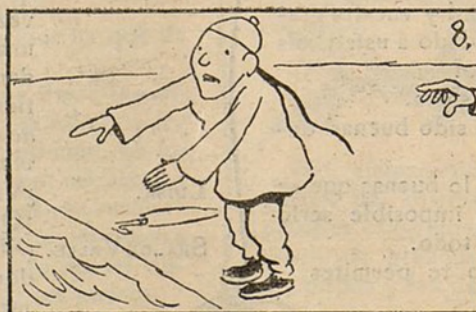
5. Para colmo de su desdicha, trató de entrar de criado de servir, y le echaron de mala manera.



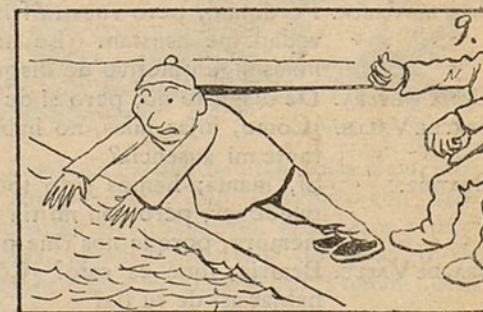
6. En su desesperación, resolvió parecer ahogado, y corrió hacia el mar.



7. En la orilla esperó á que subiese la marea para no ahogarse en poca agua.



8. Al llegar la pleamar, hizo un esfuerzo supremo, y se lanzó.



9. Pero antes de caer al agua, se sintió detenido súbitamente por la coleta. (*Continuará.*)